



CAPÍTULO

3

*Zorro: Relájate. Yo soy uno de los chicos.
Sr. Castor: Bueno, pues te pareces mucho a uno de los villanos.
(Crónicas de Narnia: El león, la bruja y el ropero)*

Los primeros días pasaron volando. Tantos lugares, tanta gente e información nueva... En cuanto me despertaba, me llevaban a conocer cada centímetro de Brighton. Además, mi nueva familia insistió en contarme todos los detalles de la vida de cada uno para que realmente me sintiera en casa, así que era el cuento de nunca acabar. Hasta empecé a entender mejor el inglés que hablaban y ya me expresaba con más soltura.

Lo conocí precisamente una semana después de llegar. Tracy y yo fuimos a una heladería, ella estaba explicándome cómo era la escuela, ya que las clases empezarían el lunes siguiente, y de pronto escuché a alguien hablando en portugués detrás de mí.

–¡Mira a estas dos sabrosas! –le dijo a otro chico, probablemente sin saber que alguien más entendía su lengua. Me volví en ese instante y también recorrí con la mirada aquel lugar para ver de quién estaba hablando.

La heladería estaba vacía, lo cual me dejó claro (inmediatamente la cara se me puso roja) que las “sabrosas” a las que se refería éramos Tracy y yo. Pero cuando le vi la cara sí que me dio vergüenza. Era el chico más guapo que había visto en la vida.

Él, por su parte, cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando, no dio muestras de timidez. Vino directo hacia nosotras y se presentó en inglés:

–¡Hola! Mi nombre es Christian, este es mi primo Alex. ¡Encantado de conocerlas!

Tracy se derritió al instante. Les dio la mano a los dos, dijo que también le daba mucho gusto conocerlos, los invitó a sentarse e inmediatamente se puso a conversar, sin que yo tuviera tiempo de contarle lo que el chico había dicho de nosotras.

Él nos contó que vivía en Londres, en casa de sus tíos (los papás de Alex) desde hacía dos años. Había ido de vacaciones, se enamoró de la ciudad y decidió quedarse. Allí terminó la preparatoria y ahora iba a empezar la carrera. En ningún momento confesó que era brasileño, y yo decidí no decir nada para ver qué más nos decía antes de revelarle mi nacionalidad.

Su primo, que también era muy guapo –aunque Christian lo eclipsaba–, dijo que estaba en el último año de la preparatoria y que había intentado convencer a Christian de que se tomara un año libre para que entraran los dos juntos a la universidad, pero que no lo había logrado, porque Christian no veía la hora de que empezaran las clases. Tracy, que estaba muy parlanchina, les contó que ella ya había decidido que, en cuanto terminara, se dedicaría a viajar durante un año. Por lo que entendí, tomarse un tiempo después de la escuela es una costumbre común en Inglaterra, a diferencia de Brasil, donde entramos corriendo a la universidad.

Su inglés era fácil de entender, lo cual facilitó la charla, y cuando nos dimos cuenta ya eran casi las cinco de la tarde. Le pregunté a Tracy si no tendríamos que volver a casa, y ella me respondió que debíamos aprovechar al máximo nuestro último sábado de vacaciones. En ese mismo instante, Alex nos preguntó si nos gustaría ir a la escollera a ver el atardecer. Nos explicó que solo habían ido a pasar ese día en Brighton, que volverían a Londres en el autobús de las 19:00 y que les encantaría estar con nosotras hasta entonces.

Empecé a sentirme incómoda en aquella situación, en primer lugar, porque no les había confesado que yo también era brasileña; en segundo lugar, porque ya me había dado cuenta de que aquellos dos no querían solo nuestra amistad; y, sobre todo, porque parecían ponerse más guapos y simpáticos a cada minuto.

Tracy ya se estaba levantando para ir con ellos a la escollera cuando le di un tirón y le pedí que antes me acompañara al baño. Aunque ya nos teníamos más confianza que el primer día, me miró un poco asustada. Inmediatamente me di cuenta de que esa costumbre de que las amigas vayan juntas a chismear al baño es cosa de Brasil, y ella no había entendido por qué tenía que ir conmigo... Pero creo que al ver mi expresión se dio cuenta de que era algo serio y decidió seguirme.

En cuanto entramos en el baño, le dije que de ninguna manera iba a ir a la escollera con esos dos, que me había dado cuenta de que Christian era brasileño y lo había oído decir que estábamos “guapas” antes de que se acercaran a nosotras. Eso no sirvió más que para animar a Tracy. Me preguntó cuál de los dos me había gustado más y me dijo que, si no me importaba, ella se iba a concentrar en Alex, que era exactamente el tipo de chico que le gustaba: rubio y con el pelo un poco rizado. Le dije que podía

concentrarse en los dos, que precisamente ese era el problema, que ellos eran dos y nosotras dos; y que sabía que yo iba a acabar pagando los platos rotos, que odiaba tener que rechazar a alguien.

Ella me preguntó por qué tenía que rechazarlo, y entonces recordé que no le había contado lo de Leo.

No se lo había contado a nadie.

En mi tercer día en Brighton, me desperté y me di cuenta de que todo allí era perfecto, la familia me trataba muy bien, la ciudad era linda y lo tenía todo para vivir un año maravilloso. Supe que no lo lograría si me la pasaba acordándome de Brasil todo el tiempo. Empecé a hacerme la idea de que esa nostalgia me acompañaría todo el año, pero no podía dejar que me impidiera aprovechar mi nueva vida; a fin de cuentas, yo había elegido ese camino. Y, sobre todo, entendí que, si me la pasaba pensando en Leo y hablando de él (la parte más importante de mi vida pasada), no podría seguir con ese intercambio: el dolor era muy grande, tenía ganas de meterme en el primer avión cada vez que su recuerdo me venía a la mente. Entonces, como una especie de defensa involuntaria, empecé a evitar todo lo que me hiciera recordarlo. Al principio fue sin querer, solo desviaba mi pensamiento cuando la imagen de Leo me venía a la mente; y entonces me di cuenta de que, si pensaba en otras cosas, ese dolorcito que sentía en el corazón inmediatamente desaparecía. Pero después empecé a hacerlo a propósito: empecé a impedir que se acercara a mis pensamientos y, desde entonces, no había derramado ni una lágrima.

Gabi y Natalia me habían estado escribiendo toda la semana para preguntarme qué estaba pasando; querían saber por qué no le había escrito a Leo, que les hablaba casi todos los días para saber si tenían noticias mías. Ellas intentaban disimular: le decían que yo no tenía tiempo y que lo único que sabían de mí era lo

que mi mamá les contaba. Eso era una gran mentira, porque yo les había estado escribiendo a las dos todos los días: les contaba todos los detalles de todo lo que hacía, pero sin mencionar el nombre de Leo. Y mi mamá me contó que había llamado a casa en la mitad de la semana para preguntar por mí, que a ella hasta le había dado pena su voz avergonzada, pero que también le había dado gusto darse cuenta de que yo estaba siguiendo su consejo de olvidarme de él durante ese año.

Como si eso fuera posible. Podría vivir diez años fuera. Podría no volver a verlo en la vida. Pero no podría olvidarlo jamás. Y por eso intentaba impedir a toda costa que viviera en mi pensamiento, al menos. No había leído los e-mails que me había estado mandando y mucho menos había escuchado el CD que me había dado, porque me daba miedo volver a la depresión de los primeros días.

Pero en ese momento no pude evitar recordarlo. El que no pensara en él no quería decir que quisiera estar con otra persona. Todo lo contrario. No quería otra cosa más que estar con él el resto de mi vida. Pero quería que el resto de mi vida empezara dentro de un año. Si no me lo sacaba de la cabeza, nada iba a gustarme, porque nada en el mundo podía compararse con él.

No tuve tiempo de explicarle esas cosas a Tracy, porque ella ya estaba saliendo del baño conmigo a rastras, entusiasmadísima.

Los chicos nos esperaban en la puerta de la heladería y sonrieron al vernos. Aunque sin ganas, me fui caminando con ellos a la escollera.

Tracy se las ingenió para caminar al lado de Alex, ambos iban charlando animados. Christian y yo nos quedamos un poco atrás, y un silencio incómodo se adueñó de nosotros. Cuando estábamos a punto de llegar, me preguntó de dónde era, porque se había dado cuenta de que tenía un acento distinto.

–Belo Horizonte, ¿conoces? –le dije, sonriéndole.

Él se detuvo en seco.

–¿Eres brasileña? –me preguntó, serio-. ¿Estabas tomándome el pelo?

–No –le respondí, poniéndome seria también-. Tú tampoco dijiste que eras brasileño. ¿Por qué tendría que decirlo yo?

–Te lo habría dicho si hubiera sabido que tú también eras de Brasil. ¿Cómo supiste que no era inglés?

No supe qué decir. Él se dio cuenta.

–No me digas que oíste cuando dije que estabas sabrosa... ¿oíste?

Entonces sí que no supe qué decirle, pero no pude contener mi risa.

–No pareces brasileña –dijo-. Eres muy blanquita, tienes el pelo lacio, eres muy tímida... ¡y, además, hablas muy bien inglés!

–¿Las brasileñas no pueden tener el pelo lacio y hablar inglés? ¿Qué prejuicios son esos? –contesté, ya poniéndome seria otra vez.

–¡Calma! No es ningún prejuicio. Solo que no esperaba encontrarme con una brasileña aquí. Sé que hay muchos en Brighton, pero los brasileños por lo general andan en grupo, siempre están hablando portugués... ¡Uno los reconoce de lejos! Además, tu amiga te dice Stephanie, y ese no es un nombre muy común en Brasil.

–Me llamo Estefanía. Mi apodo es Fani. Pero Tracy me dice Stephanie, por más que le pida que no me diga así.

A él le dio risa.

–¿De qué te ríes? –le pregunté.

–De nada –respondió, sin ocultar la sonrisa.

–¡Ahora me lo dices!

–¡Ay, qué peleadora! –dijo él, sin dejar de sonreír-. Es que acababa de decirle a mi primo (que realmente es inglés y muy

patriota) que las inglesas nunca van a ser tan guapas como las brasileñas. Entonces te vi en la heladería y pensé que me había equivocado... pero parece que tenía razón, ¿verdad?

Yo quería que me tragara la tierra.

–¡Oye! –dijo, tomándome la barbilla para levantarme la cara–. No te avergüences. Uy, de verdad eres muy tímida, ¡no puedo ni hacerte un cumplido!

Yo me sonrojé todavía más.

–Mira, ya van muy adelante –indiqué, para cambiar de tema.

–Creo que por tu amiga no hay problema... –dijo, sin quitarme los ojos de encima.

–No es mi amiga, es mi hermana.

–¿Tu hermana? –preguntó, retrocediendo algunos pasos–. ¿Ella también es brasileña, con ese pelo casi blanco de tan rubio?

–No... en realidad es mi *host-sister*. Estoy aquí de intercambio, vivo en su casa.

–¡De intercambio! ¡Qué bien! ¡Hace mucho tiempo que llegaste?

–Exactamente una semana...

–Caramba, ¡pero si ya hablas muy bien inglés! ¡A pesar del acento americano!

–Es que aprendí a hablar inglés viendo películas –dije, un poco impaciente.

–¿Qué?

–¡Películas! Me fascinan las películas de Hollywood. Mi sueño es estudiar Cine. ¡Por eso siempre he escuchado el inglés americano! Aunque estudié el idioma durante muchos años, siempre tuve como referencia el inglés que se habla en Estados Unidos.

Él me miró sorprendido y se puso a hablarme en inglés británico. Me preguntó cuántos años tenía; me contó que acababa de cumplir diecinueve; me preguntó de qué parte de Brasil era; me

dijo que era de São Paulo; me preguntó si ya extrañaba a mi familia; me explicó que él se sentía en casa, porque su tía, la mamá de Alex, que era brasileña y estaba casada con un inglés, lo trataba como a un hijo; me preguntó si me estaba gustando Brighton; me dijo que también tenía que conocer Londres.

Nos interrumpió un grito de Tracy, que nos avisaba que ya nos habíamos perdido el atardecer y que ahora nos estábamos perdiendo la luna, que estaba maravillosa.

Nos reunimos con ellos en el extremo de la escollera y, en silencio, nos pusimos a contemplar la luna llena. Sentí una paz que no había sentido hasta entonces en aquel país.

El primero que volvió a hablar fue Alex. Nos preguntó si nos animaríamos a ir a Londres el siguiente fin de semana, porque Tracy le había contado que sus abuelos vivían allá. Yo no respondí, pero la expresión de Tracy no me dejó la menor duda de dónde pasaría mi próximo fin de semana.

Un poco antes de las siete, nos dijeron que tenían que tomar el autobús para volver. Nos dieron el teléfono de su casa, y Tracy les prometió que, si realmente íbamos a Londres, ellos serían los primeros en saberlo.

Nos despedimos con besitos, y Christian nos dijo que había tenido un fin de vacaciones perfecto y que estaba seguro de que eso le daría buena suerte en la carrera, que también empezaría el lunes.

Curiosa, le pregunté qué iba a estudiar.

–Cine –dijo, con una gran sonrisa.

Lo miré sorprendida, mientras se alejaba hacia la terminal de autobuses. Él me guiñó el ojo y desapareció en la noche de Brighton.



De: Directora Clarice <dcafs@escolar.com.br>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 16 de enero, 18:01

Asunto: Respuesta a su solicitud

Archivo adjunto: historialecb.pdf

Estimada Estefanía:

De acuerdo con su solicitud, le enviamos como archivo adjunto su historial escolar para la revalidación de las asignaturas en su colegio en el extranjero. Esperamos que tenga un excelente año.

Atentamente,

Directora Clarice Albuquerque da Silva Fagundes



De: Augusto Personal <augusto@fitness.com.br>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 17 de enero, 08:22

Asunto: Re: examen físico reciente

Archivo adjunto: examenestefanía.doc

Querida Estefanía:

¡El gimnasio Fitness Deporte Saludable te desea mucha suerte! ¡Nos dio mucho gusto saber que vas a seguir ejercitándote aunque estés en Inglaterra, ¡felicidades por tu determinación! Recuerda, también, mantener una alimentación saludable y equilibrada. Te envío

tu último examen físico, conforme lo solicitaste.

Abrazos,

Augusto T. Junior

Entrenador Personal

Director de Fitness Deporte Saludable



De: Teacher <teacher@englishsuperschool.com.br>

Para: Fani <fanifani@gmail.com>

Fecha: 17 de enero, 11:48

Asunto: Carta de recomendación

Archivo adjunto: recomienda.txt

Hello Fani, my dear!

Te envió la carta de recomendación que me pediste. Escribí que siempre fuiste una de nuestras mejores alumnas y que tu nivel de inglés es avanzado, incluyendo gramática y conversación. Espero que esto te ayude a conseguir la vacante de asistente de dirección en el teatro de la escuela que mencionaste. Lo único que no entendí fue lo que dices sobre la lengua exótica que hablan en Brighton, ¿eso fue lo que quisiste decir? Besitos, escríbeme el próximo correo en inglés, porque quiero ver tu progreso.

Mariana

English Super School's Teacher